

Alguien grita mi nombre con fuerza, parece cabreado. Tengo miedo de que venga y me castigue de nuevo. Vuelvo a escucharlo, grita Kala sin cesar. Escucho pasos acompañados de gritos que me llaman. Han abierto la puerta, es él. Ha vuelto. Me prometieron que nunca volvería a encontrarme. Se acerca, se sienta en el borde de la cama, y me susurra al oído mi nombre. Me está tocando el pelo. Coloca un mechón detrás de mi oreja. Intento aparentar seguridad. Se ha vuelto a levantar, me está observando. Su respiración está agitada. De pronto grita y me agarra el pelo para sacarme de la cama. Me empuja hacia la puerta, a la vez que grita mi nombre e insultos. Me tira contra la pared. Y me despierto.

Son las cinco de la mañana, estoy observando el techo, y recreando miles de escenas que cualquiera odiaría escuchar. No puedo seguir así, llevo meses sin dormir, necesito descansar, pero tengo miedo, me aterra que vuelvan. La mujer que llevaba mi caso me prometió que no volverían, que podría tener una nueva vida, pero es mentira, jamás podre tener una nueva vida si los llevo aquí dentro.

Me levanto, y me dirijo a la cocina para hacer un café, busco el paquete que tiene mi nombre, y lo cojo, se me está acabando, lo compre ayer, pero ayer tampoco pude dormir. No puedo seguir estando así, me da miedo que me hayan jodido para siempre.

Espero sentada en el salón conjunto, viendo las noticias sin volumen, no quiero despertar a las demás. Cuando Sofía me ve sentada frente a la televisión se preocupa, es muy simpática. Se sienta junto a mí para asegurarse de que estoy bien. Al cabo de un rato se dirige a la cocina y saca sus cereales, para después sentarse junto a mí de nuevo, y ver las imágenes que pasan en la tele, aun sin sonido, para no molestar a las demás chicas.

Son las diez de la mañana, y ya ha llegado Eric, el cual me observa preocupado. Al cabo de unos minutos se dirige a su despacho. Entra Sofía, y sale en cuestión de minutos, observándome, está asustada. Detrás sale Eric, y me observa, con el fin de intentar entender mi mirada, una mirada perdida. Me llama, y me hace pasar a su despacho, me invita a sentarme en el sofá color crema, que tan cómodo es, y yo no me lo pienso dos veces. Me observa detenidamente, está realmente inquieto, pero no consigo entender porque, yo intento aparentar serenidad, pero al parecer, Eric es demasiado inteligente como para creérselo. Busca entre sus cajones, y saca una libreta negra con un bolígrafo. Se sienta junto a mí, respetando el espacio que sabe que necesito, y me mira a los ojos, intentando encontrarme, pero lo que no sabe, es que hace mucho que me perdí, y que ni yo soy capaz de encontrarme.

Me está haciendo la misma pregunta de siempre, esa que sabe que no puedo responder, me da pánico, no quiero revolver el pasado otra vez, necesito dejarlo atrás, y no lo consigo. Sé que necesito ayuda, pero si se dan cuenta de que estoy más jodida de lo que pensaban, y me dicen que ya no hay solución, no quiero perder otra vez la esperanza, otra vez no, por favor.

Eric está empezando a tirar la toalla, sabe que no puede dejarme, pero a la vez sabe que no puedo contárselo. Me sigue observando, yo evito las miradas fijas, hace tiempo que no miro a nadie a los ojos, ni siquiera a mí misma.

Se ha dado cuenta de que estoy absorta en mis pensamientos. Ha comenzado a pensar en que puede hacer, siempre agita su respiración cuando lo hace. Justo cuando estoy analizando su comportamiento, se levanta y estampa la libreta contra la mesa, se acerca a mí, e ignora el hecho de que odio que se me acerquen los hombres, me sujeta las muñecas, y me obliga a observarlo, pero yo retiro la mirada. Está preocupado, y no sabe que más hacer, permanece observándome, y de pronto, lo miro, a los ojos, y transmiten miedo, pero no sé porque, él no ha pasado lo que yo. Se percata de que ha conseguido que mantengamos las miradas, y hay una luz de esperanza en sus ojos.

Nos estamos mirando, y hacia mucho que no conseguía mirar a los ojos a alguien, y de pronto me derrumbo. Hacía años que no lloraba, allí había aprendido que por muchas lágrimas que derramase nada se solucionaría, y me prometí a mí misma no hacerlo jamás, volverme una piedra, pero no podía permanecer con mi promesa si dejaba que el entrase dentro, y con la mirada era justo lo que hacía.

Me sujeta la cara entre sus dos grandes manos, y acerca unos pañuelos. No puedo parar de mirarlo a los ojos, e intentar gritarle que me saque de ahí adentro, que aunque parezca que no, estoy en el fondo, y que necesito su ayuda para salir, pero no me sale la voz para decírselo, sigo con la mirada clavada, y él comienza a cambiar los rasgos de preocupación, a miedo, miedo de que me esté perdiendo de verdad. Entonces, ¿él sabe que estoy ahí?

Seguimos manteniendo miradas, y al instante se levanta y me pide que lo saque ya, todas mis compañeras han contado su historia, todas, excepto yo. Necesito sacar la mierda que llevo dentro. Lo dice con seguridad, pero esa seguridad se convierte en suplica, y yo intento formular una frase, una maldita frase, pero es imposible, me han jodido de verdad. Y como si leyese mi pensamiento, me asegura que no estoy jodida, que tengo posibilidades de salir, pero la verdad, me aterra salir.

Ya ha pasado la hora, y termina la sesión. Cuando salgo, Sofía me observa desde el sofá. Evito su mirada, y me dirijo a la puerta para comprar más café, sé que lo necesitare.

El supermercado que está al lado de la casa está cerrado. Me dirijo al centro de la ciudad para encontrar un lugar donde comprar. Al fondo de la calle hay un supermercado, y decido entrar a buscar café. Cuando pago dos bolsas con café me dirijo a la puerta, para irme de nuevo a casa, pero escucho la voz de una niña, le grita a alguien, y está asustada. De pronto, mi respiración se agita, y las manos empiezan a sudarme, intento mantener la calma, y asegurarme de que esos gritos no son producto de mi imaginación. Consigo tranquilizarme, y me acerco de manera sigilosa al callejón del cual provienen los llantos, que ya se han calmado. Asomo la cabeza, por miedo a que me vean, y veo a una chica, con no más de quince años, esta agachada, y llorando. No puedo evitar acercarme, y ella se asusta al instante, cuando escucha el sonido de mis chanclas contra el suelo. Sabe que soy inofensiva, por lo que mantiene la tranquilidad y vuelve a agachar la cabeza. No sé muy bien cómo actuar, pero algo dentro de mí, me obliga a preguntar por el estado de la chica, pero ella no responde, aún sigue llorando, y agachada. Decido sentarme junto a ella, para ayudarla, y también evitar volver a casa, no tengo ganas de más preguntas. Y justo cuando estoy pensando esto, me doy cuenta de que tal vez la chica tampoco quiera más preguntas, y solo quiere apoyo. Paso un brazo por encima de su cuello, un tanto fraternal, y ella se acerca a mí, para acurrucarse sobre mi pecho. Hace meses que no permitía el contacto físico con alguien, exactamente desde que me sacaron de aquella oscura habitación.

Han pasado unos minutos, y la chica sigue sobre mi pecho. No me molesta, me transmite tranquilidad. Pero algo me dice que necesita más que un abrazo, e intento, disimuladamente, preguntarle. Ella al principio evita hablar, me recuerda mucho a una amiga, pero sé que lo necesita, por lo que sigo insistiendo a la vez que le trasmito la calma.

Me observa, y su mirada transmite miedo, siempre he creído que la mirada es el reflejo del alma, todo lo que ella no puede decir, lo transmite la mirada, y por eso da tanto miedo mirar, ella no miente.

Al principio habla con timidez, y después corta la frase, arrepintiéndose de haber confiado en mí. Quiero ayudarla, pero es complicado si no me dice nada, y recuerdo a Eric. No intento sus tácticas, hago algo, que incluso a mí me sorprende, le cuento mi historia, la misma que no he sido capaz de contar, ni siquiera a la policía, o incluso a mi propia abogada, que solo querían ayudarme.

Comienzo diciendo como empezó todo, como me raptaron con diecisiete años, unos más que ella. Me llevaron a una casa abandonada, en un bosque que ni siquiera a día de hoy se reconocer, y me taparon los ojos, y ataron las manos, durante dos días. Durante esos días, solo me dieron agua. Las personas que me raptaron eran dos mujeres, pero al segundo día hicieron un intercambio, me llevaron en un camión lleno de animales, y cuando me bajaron, había un hombre, parecía ruso. Me cogió del brazo, provocando heridas en ellos por la fuerza, y me metió en otro camión, allí me quitaron la venda que tenía en los ojos, y pude ver de qué se trataba, y sobre todo me di cuenta de que no era la única, en ese camión había unos treinta chicas más, chicas de todo el mundo, y todas unidas por un mismo sentimiento, el miedo.

Cuando llegamos, nos metieron en una gran habitación, con mantas por el suelo y un baño minúsculo. Al cabo de unos minutos, estábamos todas sentadas, unas junto a otras, sin apenas conocernos, pero transmitiéndonos el apoyo necesario para poder aguantarlo. Entro una mujer que aparentaba una edad media, junto a un hombre corpulento, y comenzaron a dar normas, y a explicarnos exactamente el por qué estábamos aquí, y no era ni más ni menos que para vendernos. En el instante que soltó esa frase, que para muchas suponía el fin de sus vidas, comenzamos a llorar, no podíamos creer que estuviésemos pasando por esto, no podíamos creer que todo de lo que no habían advertido desde que nacimos, se había convertido en realidad, iban vendernos, y tratarnos como objetos.

Llego el día. Nos maquillaron, y vistieron a su gusto. Nos trasladaron a una especie de bar, que en la parte baja del mismo escondía una habitación enorme, con un escenario en el centro, en el cual nos subiríamos nosotras para ser vendidas. Como si se tratara de algo irreal, de una broma, pujaron por todas y cada una de nosotras, algunas se resistían y otras preferían mantener la calma, por el bien de sus propias vidas, como ya nos había enseñado en repetidas ocasiones en el tiempo que llevábamos aquí. Cuando llego mi turno, subí al escenario, me temblaban las piernas. Intente resistirme, pero no sirvió de nada. Un hombre que tendría unos cincuenta años, rodeado de más hombres corpulentos, se acercó a mí, y él fue quien me hizo pasar los peores años de mi vida. Estuve expuesta a manipulaciones, golpes, violaciones, humillaciones. Jamás conseguiré olvidar lo que pase con él. Allí no estaba solo yo, había más chicas, en total unas cinco chicas, eran de todas las edades. Me llamo la atención una, Elia, tenía unos quince años, la más pequeña de todas. Por las noches, dormíamos juntas, porque a ella le daba miedo estar sola, la mayoría de las veces tenía pesadillas. Una noche todo cambio, ella estaba cansada de vivir así, y decidió plantarle cara, se la llevaron, y no volvió nunca más.

Estaba sumida en la historia más humillante que podría haber contado, cuando de repente la chica que estaba al lado, me sujeto la cara, y me dio las gracias, no sé exactamente el porqué de sus agradecimientos. Me limpie las lágrimas, y me volví para preguntarle por su historia, pero ya no estaba. No sabía a donde podía haber ido. La busque. Cuando volví, decidí contarle todo a Eric, con el fin de que me ayudara a buscarla, pero muy lejos de ello, sonrió, y me dijo que este era el primer paso. No lo entendí, pero haber contado la historia había roto una especie de nudo que me unía a ellos.